

Alerce

Año 8, N° 73, septiembre de 2020. Director: David Hevia

Versos del joven Salvador Allende

David Hevia

Se cumple medio siglo desde que fuera electo Presidente Salvador Allende, a cuya figura y conducción rindió tributo la Sociedad de Escritores de Chile al organizar un certamen poético en torno al triunfo de la Unidad Popular. Y es que al vasto programa de realizaciones sociales de su gobierno se sumó su intenso y ampliamente reconocido quehacer en materia de políticas públicas de promoción del arte y la cultura. La señera estatura ética del Mandatario, que defendió con su vida la soberanía del pueblo y la Constitución de 1925, cobra especial sentido en estos momentos, en que la movilización de las fuerzas vivas de la sociedad ha abierto espacio a un itinerario que permitiría aprobar una Nueva Carta Fundamental, la primera que se origine en una proposición ciudadana después de la dictadura.

El *Último Discurso*, cuyas palabras hallaron eco en el mundo entero como valiente voz de una convicción volcada en medio del fuego abierto contra La Moneda, es asimilado también como la prosa poética surgida de la vocación republicana. El Mandatario, en efecto, siempre manifestó un estrecho compromiso con la creación humana en las más diversas disciplinas, como aún hoy nos lo recuerda el emblemático paso del Tren de la Cultura, que llevó a los artistas nacionales a cada rincón del territorio en aquellos años. En esa línea, el Jefe de Estado cultivó un gran acercamiento al universo de la pintura y de la dramaturgia, siendo testigo directo de los grandes pasos que daba el teatro a mediados de la centuria pasada. Por lo demás, su afinidad con las letras aparece una y otra vez sintetizada en las postales que deja su abrazo a Pablo de Rokha, Pablo Neruda, Manuel Rojas, Isidora Aguirre, Julio Cortázar y tantos más. Pero no se trata solo de su admiración por la obra de otros. El propio Salvador Allende empuñó la pluma en clave literaria y de manera temprana. Una muestra de ello es un poema que compusiera a los 20 años, cuando era estudiante de Medicina en la Universidad de Chile. Los versos, de rima consonante y endecasílabos que alternan con heptasílabos, fueron publicados por la Revista *Viña del Mar* (año II, número 19, mayo-junio de 1929). Aquí dejamos el poema y una fotografía de esos tiempos, donde aparece el joven vate y futuro Presidente.



Angustia

Calma un instante tus angustias locas,
Pobre corazón mío,
Si sientes que te oprime el hondo frío
De las nieves eternas y las rocas;
Pronto a este invierno seguiré el Estío.
Todo tiene en la vida
Amargas horas de implacable duelo:
Las tiene el ave que, en la selva, herida
Arrastra su nidal de rama en rama,
Las flores que hacia el suelo
Pálidas doblan sus marchitas hojas,
La virgen infeliz que sufre y ama
Y devora en silencio sus congojas,
La desolada madre que en pedazos
Siente su pobre corazón partido,
Al ver que para siempre se ha dormido
El hijo de su amor entre sus brazos,
Y hasta la mar inmensa que batalla
Con su dolor a solas
Y, sollozando, vierte por la playa
Cual torrente de lágrimas sus olas.
Pero todo no es duelo ni quebranto,
Ni jamás es eterna la agonía,
Y surge a veces el placer del llanto,
Como tras de la noche surge el día.
No sufras, corazón. Calma un instante
Esa angustia letal que te domina,
Y ten valor en la áspera jornada;
Tu alegre despertar no está distante,
Ya el oscuro horizonte se ilumina
Con todo el resplandor de una Alborada!

Salvador Allende Gossens

Narrativa

Solo un día

Estoy con covid, así dice la voz en el teléfono.

La funcionaria está leyendo por enésima vez en el día el protocolo a uno de esos seres anónimos a los que da la noticia, no hay en su voz ninguna inflexión de empatía, no puede, tiene que seguir llamando y seguro tiene una meta, un indicador de minutos por llamada, me hace preguntas, contesto de manera ordenada mientras una punzada se instala en mi espalda para recordarme que esto es más que burocracia, es mi vida.

Estoy sentada en una banca a medio camino de la nada, la llamada llegó cuando iba a buscar alimentos al almacén cercano, en mi mano la bolsa se mantiene apretada, como protegiéndome de caer al vacío, no sé qué hacer, levantarme y hacer la compra sabiendo que expongo a quién se me acerque, volver a casa, mi cabeza hace días marcha lento, la enfermedad se ha instalado afectando mi razonamiento.

Siento pasos, una pareja con un perro avanza por la vereda, guardo el celular, hago un esfuerzo y me levanto, siento mi respiración forzada, un silbido que se vuelve rítmico, cruzo la vereda, en mi mente imagino la estela de gotas que he dejado en la calle, aferrada a un árbol los veo pasar frente a la banca que ocupaba, quiero gritarles que se muevan de ahí, pero mi voz es un manantial de más contagio.

Comienzo a desandar camino, la puntada en la espalda marca el ritmo de mis pasos, desde el semáforo veo la puerta de la farmacia, mis piernas están débiles,

no se ve nadie en la entrada, cruzo, me demoro, la luz cambia mientras me tambaleo hasta llegar al otro lado, el sudor me corre por la frente, mi ropa está humedecida y el frío de la calle me hiela las mejillas. Frente a la puerta dudo, el gesto de estirar la mano se me hace eterno, en el cristal veo mi reflejo, el rostro descompensado, la mascarilla, el pelo pegado al cráneo, trato de secar mi rostro, de parecer normal, me aterra que me expulsen sin venderme, entro, solo está la vendedora.

Las repisas me parecen confusas, nada de lo que ahí veo tiene ahora sentido, camino despacio, me sujeto de un anaquel, logro llegar al mesón, la mujer está con dos máscaras y guantes, alcanzó a pedir pero ella ya comprendió, sin más me pone delante el máximo que me puede vender de cada medicamento, modula alto detrás de la mascarilla, me indica las dosis, me dice qué debo hacer, me muestra dónde debo poner mi tarjeta, un bip, mi mano enguantada recoge la bolsa, juraría que ella me da una sonrisa, lo veo en sus ojos, ruego no haberla contagiado y parto, lento como llegué.

La calle está helada, siento unas tercianas que recorren mi cuerpo, minutos eternos hasta llegar a la reja, el conserje abre desde su cabina, procuro disimular, pero no es necesario el hombre está concentrado en su celular.

El silbido sale de mi garganta ahora como un aullido animal, el sudor me inunda las sienes, el metal de las paredes del ascensor es refrescante, está manchado con desinfectante, ese que yo estoy mancillando con mi presencia, hace días sentía el hedor del amonio, ahora no huelo nada, es como empezar a partir, ya no siento sabores ni olores.

Cruzo el pasillo hacia mi puerta tambaleándome, un último esfuerzo, la llave resbala de mi mano, el guante hace difícil que la recupere, me agacho y la espalda me duele como una costra gigante que se tensa.

Entro, el vacío y el silencio, en el fondo, en su pieza, mi hija, el ronquido de su pecho, las ojeras, la fiebre, tomo el paracetamol y un poco de jarabe, me acerco y logro que trague las pastillas, el oxímetro marca 91, es joven lo va a lograr, lo pienso mientras un temblor se instala en mis piernas, me siento a su lado, por un segundo mi cuerpo se va perdiendo en el sueño, pero recuerdo y despierto, le tomo la temperatura, va bajando, va a mejorar, eso me digo, me prometo, ella despierta y habla, está mejor, me quedo ahí sentada, no me quiero mover, las bolsas de farmacia a mis pies, no puedo moverme, el sillón me acoge, quizás dormir, quizás.

Un fuerte temblor en mi cuerpo me despierta, por la ventana se ve caer el sol, me siento culpable, me he quedado ahí dormida, prendo la luz de la lámpara, mi hija está tranquila, toco su frente, está fresca, pasa, está pasando.

Me afirmo del muro, me levanto, en el baño cada movimiento es un paso eterno, el camino a mi cama es penoso, la almohada se hunde, mi mano aprieta la colcha, tomo otra dosis de paracetamol, me duele el cuerpo, siento que cada músculo se parte, mis ojos rechazan la luz, a penas logro taparme, temo no poder volver a levantarme, pero sé que debo controlarla a ella.

El celular está helado y pesa, en un movimiento lento marco la clave, el aparato ya no reconoce mi rostro, dudo, pero busco tu nombre, en la foto sonrías, tus ojos alegres, recuerdo la calidez de tu voz, me pierdo en recuerdos, en abrazos, en sentimientos, lloro lentamente, las lágrimas se escurren por mi cabeza y refrescan mi cuello, el aire me falta, pronuncio su nombre, es solo un murmullo, pero es un mantra, lo repito, aprieto la tecla, el celular marca sin respuesta.

Olvido mis responsabilidades, mi hija en la habitación, quiero pedir socorro, quiero salvarme, marco de nuevo. Recuerdo tu abrazo, nuestra vida postergada siempre para mañana, para ese día en que no haya deberes que cumplir, ese momento justo que no llega, que ahora no llegará. El celular resbala de mi mano, la punzada en mi espalda es aguda, la tos me hace doblarme, ya no pienso.

La habitación está a oscuras, han pasado horas, logro alzar mi cuerpo, paso minutos sentada al borde de mi cama, me concentro, logro prender la luz, el celular está en el piso, si me agacho puedo caer, siento que mi cuerpo es de plomo, aferrada al muro llego a la habitación de mi hija, se ve bien, va a cumplir dieciocho, se ve hermosa, se ve en paz, la toco ya no hay fiebre, sonrío, ella despierta, me pide agua, su voz es clara, lo logramos.

Me siento a su lado, descanso, siento alivio, ella toma mi mano, me pone el oxímetro, 88, se asusta, me abraza, su gesto es débil, no tiene aún fuerza, me toma la temperatura, me dejo, me quedo ahí, tomo más

medicamentos, nos quedamos en silencio, solo el sonido de mi pecho rompe la calma.

Me adormezco, siento que me hundo en el sopor, el sillón es blando, estoy bien ahí, a lo lejos siento la suave voz de mi hija.

Sueño, es febril, siento mis labios resecaos, mis dedos están azulosos, en mis delirios tú estás conmigo, algo helado me refresca la espalda, siento tu voz y tus manos grandes estrechan la mía, y ya estamos juntos, un sonido seco, metálico, abro los ojos y no es un sueño, viniste a buscarme, me estás poniendo en la camilla, en el rincón mi hija está de pie, está bien, se queda ahí mirándome, tú la tranquilizas y detrás de la mascarilla sé que me sonríes, los paramédicos me llevan, tú los trajiste, tú viniste por mí, tú entendiste el llamado, me ponen oxígeno, no logran espantarte y bajas con nosotros en el ascensor, la camilla pasa el hall, la gente se esconde, el conserje sigue agachado en su celular, tú me gritas cosas hermosas, no te dejan seguir conmigo al subir a la ambulancia, en el último segundo con toda mi fuerza alcanzo a decirte que te amo, así de verdad, así sin más excusas, sé que lo voy a lograr, no habrás venido en vano, voy a volver, el paramédico cierra la puerta, estoy en marcha, mi pecho pesa, siento que debo volver, que te lo debo, nos lo debo, esa vida que no alcance a vivir, cierro los ojos, veo los tuyos, la calma, la calma, eso de a poco, el ritmo baja, por la cánula el oxígeno va entrando, la mano enguantada en mi mano, es la tuya, siempre será la tuya, sé que me esperas ahí en la vereda, queda tanto que hacer, no, no voy a llorar, no voy a forzar el corazón, vamos, vamos, tengo que vivir.

Paulina Correa

El Dímetro Yámbico

para Cristina y Benicio

El único que no decía presente cuando pasaban lista en el cuarto A era el Saúl Muñoz. El Saúl Muñoz —el Dímetro Yámbico— decía aquí, dos veces: una en voz alta, para que lo oyeran, y otra en voz baja, para sí mismo. Ya en primero básico su nombre quedó asociado a la heterogénea categoría de los raros, de los especiales, en la sala de profesores. En segundo básico, y de nuevo en tercero, la psicopedagoga sugirió que su caso podía tratarse de una simple timidez: no participaba en clase, tampoco en grupos, y en los recreos solía jugar solo, pero tanto sus notas como su conducta, por otro lado, eran las de un alumno ejemplar. Lo único que podía hacerle falta, quizá, era espacio, pues si nada lo molestaba de cerca era incapaz de producir ni contribuir al desorden en actos de día lunes, en convivencias o en la campana de salida, como a la mayoría le constaba.

La señorita Hidalgo, profesora de Lenguaje y Comunicación, sintió un llamado personal a indagar más allá de las etiquetas y se convirtió, por contestarlo, en la primera de sus colegas en advertir que las pocas frases que el Saúl Muñoz pronunciaba y luego repetía, en voz baja, tenían una entonación particular, casi invariable. Hablaba raro, en efecto, pero más que raro hablaba cantado. “Raro”, fue el comentario de la señorita Fuentes, profesora de Música, tras corroborarlo con sus propios medios. La curiosidad de ambas pronto se complementó y acordaron acercarse a él —en puntillas, con prudencia— para anotar todo lo que alcanzaran a oír. No sería tarea fácil, pero suponían que si ese paso les resultaba difícil, el trabajo de analizar y contrastar el material reunido sería, en compensación, lo más sencillo del mundo.

Durante semanas el patrón estuvo literalmente expuesto ante sus ojos, indescifrable. Creían que la clave necesaria para interpretarlo aparecería tarde o temprano en la siguiente enciclopedia, en el siguiente manual o artículo sobre desarrollo y trastornos fonológicos. Para sorpresa de ninguna, sin embargo, la encontraron en la encontraron en el pequeño tomo que una de las dos sumó a la pila de referencias por casualidad y revisaron en último lugar, resignadas, como descarte: una vieja síntesis de métrica poética.

Confirmado el hallazgo, citaron a los padres, y mientras el Saúl Muñoz esperaba sentado en el pasillo, tirando los broches de velcro de sus zapatillas, en la sala del cuarto A la señorita Hidalgo miraba con una sonrisa sugestiva al padre —los ojos, las cejas del Saúl Muñoz—, luego a la madre —la frente, la boca—, y declaraba con ensayada solemnidad que cada vez que el hijo hablaba, lo hacía en perfectos versos yámbicos.

—O trocaicos —agregó la señorita Fuentes, sin contenerse.

—¿Trocuánto? —dijo el padre.

—Trocaicos, te dicen —respondió la madre, con un codazo.

El padre se rio y su risa pasó de una a la otra como un bostezo. Afuera, el velcro marcaba los segundos que pasaban. Sonrojada, la señorita Hidalgo entregó transcripciones de las hojas de roneo del manual de métrica a ambos padres y la señorita Fuentes fue apuntándolas a medida que explicaba cómo, en ocasiones, el Saúl Muñoz ponía sus acentos en la primera, la tercera y la quinta sílaba de sus oraciones, lo que, si se fijaban, recibía el apelativo de ritmo trocaico. Y en otras ocasiones, en cambio, los ponía en la segunda, la cuarta y la sexta sílaba, y a eso le llamaban ritmo yámbico. Su nombre, sin ir más lejos, era un buen ejemplo de esto último: Saúl Muñoz Carrasco.

Repitieron juntos, sincronizados con el velcro: Saúl Muñoz Carrasco. Los padres suspiraron aliviados: por supuesto, ellos ya lo sabían. No con esos términos, claro; eso era mérito de ellas, de las profesoras. Pasaron los diez minutos restantes de reunión dando las mismas gracias, por los halagos y el trato de buena noticia, por las recomendaciones, las advertencias y el material para que el niño ejercitara en casa; por toda esa dedicación, en fin, puesta con tanto esmero en él.

—Cuando vi que nos citaban —dijo la madre, y tanteaba pero no se hallaba el nudo en la garganta—, no sabía qué pensar. Y ahora sé que habla en verso yámbico y...

—Es que, señorita —continuó el padre, y no usaba el plural pero se refería a ambas—; cómo le dijera... Nosotros sabemos que el Saulito es... especial, pero no...

Y no dijo más: una de las profesoras, con suerte, seguiría por él. El Saúl Muñoz, en paz con el velcro, silbaba o carraspeaba sabiéndose aludido, como si quisiera decir: “aquí estoy, apúrense”. La señorita Fuentes lo llamó y le dijo al padre que ellas estaban de acuerdo con él: era muy especial, sin lugar a dudas. Sin lugar a peros. Por algún motivo incomprensible era dueño de una conciencia altamente musical, según ella; altamente lírica, según la señorita Hidalgo, con la que, por si aquello fuese poco, lograba darse a entender —sus necesidades, sus pensamientos— con quienes lo rodeaban.

Para evitar dar por enésima vez las gracias, al irse la madre atajó al Saúl Muñoz y le dijo:

—Ya pues, mi trocaico, dígales chao a sus profesoras...

El Saúl Muñoz la miró raro, sacudió los hombros y se echó a correr. No dijo chao; cruzando la puerta gritó —y jadeó— adiós.

La mañana siguiente no podía no ser el Trocaico; después, por las cuatro sílabas yámbicas —dos pies métricos— de Saúl Muñoz, quedó como el Dímetro Yámbico. No era un apodo, jamás lo usarían con él o frente a él; a la señorita Hidalgo y la señorita Fuentes les serviría como seudónimo, más bien, para resguardar, a su manera, la expresión de su habilidad. No lo conocían en vano: una exposición indeseada solo podría cohibirlo. El Dímetro Yámbico se acostumbró poco a poco a su presencia; durante un tiempo, incluso, pareció tolerar que compitiesen de forma tácita por consolidar en él una u otra influencia: la musical o la lírica. Y las vio, después, desistir aceptando un empate también tácito ya que era menos egoísta de su parte ser integrales y potenciar ambas, y porque ese año las horas semanales de lenguaje y comunicación eran seis, y las de música solamente dos.

Gracias a esta proximidad pudieron descubrir que la preferencia del Dímetro Yámbico por una acentuación u otra dependía de forma casi exclusiva de su ánimo; creyeron distinguir, además, dos o tres veces, ritmos dactílicos fortuitos, frases como versos pareados que entre la voz y el posterior susurro formaban estrofas no siempre coherentes. Y se enteraron de que, a pesar de sus aciertos, de su tino pedagógico, esta nueva cercanía producía de manera simultánea nuevas distancias, desconocidas y distintas. Podían mostrarle los poemas y las canciones que quisieran, pero si el momento no era el apropiado debían dar cualquier esfuerzo por perdido. El Dímetro Yámbico no las distinguía del paisaje, del aire, del ruido y la temperatura ambiente, y si lo hacía era para conectar con ellas una mirada fugaz e indefensa justo antes de morderse los labios, reunir sus útiles y alejarse en silencio.

En eso era como los demás: podían enseñarle ciertas cosas, pero no asegurarse de que él las aprendiera. Una tarde la señorita Hidalgo esperó a que la señorita Fuentes terminara su clase para decirle que

sí, que el Dímetro Yámbico merecía cada minuto de la atención que ellas le daban... y sus cuarenta compañeros de curso también. La señorita Fuentes no pudo sino asentir: era cierto, e injusto. Se habían dejado llevar. Una doble fila de niños y niñas tomados de las manos pasó saludando y la vieron marchar hasta perderse camino al jardín infantil. Como un reflejo, la señorita Hidalgo dijo entonces: “jardín infantil”, y al rozar un brazo de la señorita Fuentes les dio la corriente. Conocían la vieja, viejísima comparación entre niños y semillas, semillas como futuros y pequeños árboles cuyos cuidados, al darse en grupo, no admitían favoritismos. Debían recordar y no dejar de tener presente que su guía era a los niños lo que el agua a las plantas; sin quererlo podían accidentalmente ahogarlos, y ahogarlos era tan absurdo como exigirles frutos o flores, peras o manzanas. Como al Dímetro Yámbico: si lo ahogaban, no estarían contribuyendo a que un día fuese lo que él mismo estaba destinado a ser.

En séptimo básico el Dímetro Yámbico, un preadolescente, se escurrió sin rebeldía del influjo de ambas. Si se acercaba era por cuenta propia, y ellas tampoco hacían esfuerzos por retenerlo. Oían entonces cómo las frases elementales y de cuatro o cinco sílabas de antes eran reemplazadas por octosílabos y décimas, oraciones compuestas con extravagancia e ideas comprensibles pero extravagantes y melódicas. En momentos así —de optimismo inquietante—, la señorita Hidalgo y la señorita Fuentes lo imaginaban en cinco, diez o quince años más, declamando con voz honda y ronca endecasílabos y versos alejandrinos, como un orador o compositor de frases y canciones memorables. El resto del tiempo —de pesimismo usual— asumían con apatía que no existían ni existirían becas o programas orientados a un talento como el suyo; que rarezas de su tipo estaban condenadas al desdén, a la burla y al olvido, e imaginaban que su adaptación final, educativa, social, acabaría con la inevitable adopción del verso libre: frases sin arte ni métrica, antirrítmicas, ¡qué asonantes serían! Y les quedaría el consuelo de haber sido testigos privilegiadas de cómo, en cierto sentido, su desarrollo oral hizo eco, en escala individual, de la historia de la poesía.

La mañana de la licenciatura de octavos, los padres del Dímetro Yámbico saludaron a la señorita Hidalgo y a la señorita Fuentes con ramos de rosas frescas y bromas cómplices. Finalizada la entrega de diplomas, la madre las buscó una vez más, para decirles que Saulito andaba preguntando por ellas, seguro con la intención de despedirse. Lo encontraron junto a la puerta de la sala del cuarto A. Hubo rubores y cortesías: la primera en acercarse y tomar el brazo ofrecido fue la señorita Hidalgo; la señorita Fuentes se apartó unos metros y los vio de reojo: el Dímetro Yámbico, de espaldas, hablaba, y la señorita Hidalgo, mirándolo, sonreía, arqueaba las cejas y se tapaba la boca con una o las dos manos. Y ninguno de los tres se percató pero, en su turno, la reacción de la señorita Fuentes fue la misma.

Le hicieron señas, a él y sus padres, hasta que los perdieron de vista entre la gente que salía. La señorita Fuentes siguió a la señorita Hidalgo al baño de niñas y hasta mirarse allí, reflejadas en el espejo, sin decir nada aún, aguantaron la risa. Era el mejor epílogo, un final feliz para la costumbre de preguntarse “¿y, qué te dijo?”, cada vez que terminaban de interactuar con él. Pero no les hizo falta preguntarlo:

—¡Romance! —dijo la señorita Hidalgo, arrobada.

—¡Cueca con seguidilla! —dijo la señorita Fuentes, al borde del llanto.

Y todo en versos yámbicos; ¡típico del Dímetro Yámbico! Con la piel todavía erizada repasaron anécdotas comentadas hasta el hartazgo y se reprocharon por no haber descubierto, a fin de cuentas, el porqué de su acento, cuál era su explicación —¿el ritmo de su corazón?—, si acaso la tenía. Luego su agitación dio paso a la nostalgia, y lamentaron haberse dedicado, igual que otras veces, a contar las sílabas de sus palabras y no a prestar atención a lo que les estaba diciendo.

Omar Alarcón Román

